



EL ARZOBISPO DE SEVILLA

## RECUERDOS DE LA PEREGRINACIÓN

Los peregrinos de Sevilla hemos vuelto de Tierra Santa el pasado viernes 14 por la noche. Damos gracias a Dios porque ha sido un gran regalo de su amor. Ha sido ante todo una peregrinación, una peregrinación a los manantiales de la fe y también un encuentro con la comunidad cristiana que vive en Tierra Santa, una comunidad pequeña pero enormemente significativa con la que hemos de sentirnos muy unidos y a la que hemos de apoyar en todos los sentidos. Permitidme unos breves recuerdos de nuestras vivencias en aquellos lugares santos.

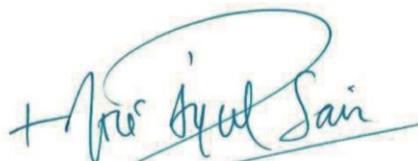
De la mano de María Santísima comenzábamos el día 8 con la visita a Nazaret, donde el Verbo se encarnó en el seno de la Virgen María, el Hijo Eterno entró en el tiempo, y comenzó un tiempo nuevo, una fuente inagotable de esperanza y de alegría para la humanidad. Nazaret es la ciudad de la Sagrada Familia; allí rezamos por todas las familias, para que se renueven cada día el matrimonio y la vida familiar; rezamos para que se viva la espiritualidad doméstica y la educación, la atención a los niños, que tienen derecho a crecer en paz. Por la tarde visitamos Caná de Galilea, y los matrimonios presentes renovaron sus compromisos matrimoniales. El día siguiente recorrimos el entorno del mar de Galilea, y por la tarde subimos al monte Tabor, lugar de la Transfiguración del Señor. El día 10 fue dedicado a visitar el Valle del Jordán y Jericó. En la orilla del Jordán renovamos las promesas bautismales.

Belén y Ain Karen nos ocuparon el día 11. Cuánta ternura y emoción en el lugar donde resonó el canto de paz de los ángeles para todos los hombres. En la basílica de la Natividad se reaviva nuestra certeza de que Dios está realmente presente con nosotros, que el Eterno entró en los límites del tiempo y del espacio, para hacer posible el encuentro con él. Actualizamos la ternura y el amor de Dios que se inclina hasta nuestra pequeñez, hasta nuestras debilidades, hasta nuestros pecados, y se abaja hasta nosotros. Contemplamos la cueva de Belén, y como Dios se rebaja hasta ser recostado en un pesebre. La culminación de la historia de amor entre Dios y el ser humano pasa a través del pesebre de Belén y culminará en el sepulcro de Jerusalén.

La peregrinación culmina en Jerusalén los días 12 y 13. En el Cenáculo, nuestro pensamiento se centra en el Señor, que lava los pies a los

apóstoles e instituye la Eucaristía y el sacerdocio; también hacemos memoria del don del Espíritu Santo a la Iglesia el día de Pentecostés. En el huerto de Getsemaní contemplamos su agonía, y como lleva a cumplimiento el designio del Padre tomando sobre sí las angustias de la humanidad. Al entrar en la basílica del Santo Sepulcro somos conscientes de que allí Cristo murió y resucitó. Cogidos de la mano de María, Madre dolorosa, meditamos sobre su sufrimiento, su muerte en cruz, y redescubrimos la hondura del amor que nos tiene, y deseamos vivir unidos a él, ofreciendo también nuestro dolor y cargando con nuestra cruz de cada día. Al entrar en el sepulcro vacío, experimentamos el gozo de la resurrección, de su victoria sobre la muerte y el pecado, con la certeza de que el mal nunca tiene la última palabra, y de que el amor es más fuerte que la muerte.

El signo de la resurrección de Cristo es la culminación de nuestra peregrinación. De rodillas en el Calvario y en el Sepulcro de Jesús hemos rezado especialmente por nuestra Archidiócesis, por la Iglesia, por el mundo entero, pidiendo al Señor la fuerza del amor que brota del misterio pascual, que es la única fuerza capaz de renovar a los hombres. Han sido jornadas de intensa emoción no sólo por el recuerdo de los misterios de nuestra salvación, sino también porque hemos experimentado su presencia en nuestra vida. María Santísima nos ha llevado de la mano en todo momento.



† José Ángel Saiz Meneses  
Arzobispo de Sevilla

---